

A MODO DE INTRODUCCIÓN

otro lado, algunas de las perspectivas más recientes (políticas, feministas, etc.) han abierto nuevos caminos de gran atractivo para el investigador, entre ellos la historia de la traducción y cómo el curso de nuestra propia literatura se ha visto condicionado por la recepción de autores extranjeros (Braga Riera, 2012: 11). Pero las nuevas concepciones investigadoras, empeñadas en la continua búsqueda de la innovación y el perfeccionamiento, no solo contemplan la traducción literaria, sino también otros tipos de desarrollo mucho más recientes, como la científico-técnica o la traducción audiovisual y sus nuevas modalidades (Díaz Cintas, 2009; Díaz Cintas *et al.*, 2007).

Independientemente del desarrollo de la traducción como disciplina, y centrándonos exclusivamente en la faceta profesional, no podemos obviar el rol fundamental que esta ha desempeñado desde siempre en España, país que nunca ha cerrado sus puertas a otras lenguas y culturas. De hecho, el informe publicado en 2013 por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte sobre el sector del libro³ arroja, en este sentido, datos más que reveladores sobre el panorama de la traducción en nuestro país. Así, las cifras muestran que dos de cada diez títulos publicados anualmente en España son traducciones, un detalle que nos distingue de otros mercados como pudiera ser el anglosajón, donde apenas el 3 % del total de libros publicados son traducidos. Es más, y siempre según este mismo informe, el 22 % de los títulos que conformaron la oferta española en el año 2012 fueron traducciones, un número substancial pese a que supone un retroceso del 2,1 % respecto del año 2011. El inglés se erige como la principal lengua origen de todas ellas (y continúa en imparable ascenso), a la que siguen el francés, el italiano, el alemán y, cada vez más, el japonés, y así hasta más de cincuenta lenguas extranjeras (inclusive algunas minoritarias, como el eslovaco o el finés). Cabe destacar que la mayor parte de las traducciones publicadas (en concreto un 34,1 %) son de libros de creación literaria, seguidos de otros relacionados con las Ciencias y Humanidades. El subsector de literatura infantil y juvenil también irrumpe con fuerza, pues más de cuatro de cada diez libros publicados en el género en 2012 son, precisamente, traducciones.

Así las cosas, el volumen que aquí nos ocupa ve la luz, pues, en un momento histórico en el que la Traducción se encuentra prácticamente asentada como disciplina independiente. En concreto, *Herramientas y técnicas para la traducción inglés-español: los textos literarios* nace como resultado directo de los contenidos impartidos en la asignatura obligatoria «Herramientas y técnicas aplicadas a la traducción literaria», de un semestre de duración y parte del plan de estudios del Máster en Traducción Literaria de la Universidad Com-

³ Accesible en http://www.mcu.es/libro/docs/MC/Observatorio/pdf/Sector_Libro_2011_13_sept13.pdf.

HERRAMIENTAS Y TÉCNICAS PARA LA TRADUCCIÓN INGLÉS-ESPAÑOL

plutense de Madrid. El objetivo de este curso de postgrado es familiarizar al estudiante con las herramientas metodológicas necesarias para la práctica de la traducción de textos literarios, teniendo en consideración los fundamentos lingüístico-teóricos del trabajo traductor: factores que intervienen en el proceso, análisis del texto fuente, tipología textual, equivalencias y técnicas traslativas, etc., sin olvidar la gama de herramientas y recursos disponibles, tanto impresos como en línea, todo ello con el propósito de lograr el mejor producto final posible.

Aunque con importantes diferencias, este estudio sigue la estela abierta por otras publicaciones, como el *Manual de documentación para la traducción literaria*, editado por Consuelo Gonzalo y Valentín García Yebra (2005), o, más recientemente, el titulado *Metodologías en la enseñanza de la traducción literaria*, a cargo de Fernando Navarro (2013). Dista de estas, sin embargo, en que nuestra pretensión responde a un único deseo, y no es otro que el de mostrar al alumno que acometa por primera vez la práctica de la traducción literaria cuáles son los escollos que tiene que vencer y qué recursos tiene para ello, independientemente de su formación previa (ya sea filológica, traductológica o de otra naturaleza).

La necesidad de este tipo de instrucción se hace más que evidente en nuestros días, sobre todo si tenemos en cuenta dos hechos históricos que han supuesto todo un revulsivo en el mundo tal y como lo concebimos. En primer lugar, la irrupción de los ordenadores, allá por la década de 1950, dio un giro al *modus operandi* de muchas profesiones, y la esfera de los traductores no fue una excepción: ahora se podía trabajar con mayor eficiencia, al mismo tiempo que se iban dando pasos agigantados en el desarrollo de las bases de datos terminológicas y los inicios de lo que acabaría siendo la traducción asistida por ordenador. En segundo lugar, la incursión de internet en nuestras vidas permitía al traductor navegar por las llamadas «autopistas de la información», acceder a la red mundial y contactar con otras personas, colegas y clientes potenciales (práctica conocida popularmente como *networking*). Igualmente, el traductor ejerce una seria influencia en el mundo que le rodea, y lo hace desde el ámbito sociopolítico (entendimiento entre culturas), comercial (empresas y mercados) y global (con nuestro trabajo podemos dirigirnos a un público variopinto en todo el mundo). De este modo, contribuye al progreso de la humanidad en general, incluido, claro está, el traductor literario (Fuertes y Torres-Simón, 2015).

Huelga decir que la traducción literaria posee características propias que la diferencian de otros tipos. Para empezar, y como bien apunta Bellos (2011: 191), no suele estar sujeta a la premura y rapidez que se exige en los trabajos en otras modalidades, como la comercial, la jurídica o la técnica y, además, los

A MODO DE INTRODUCCIÓN

deslices que un traductor literario pueda cometer nunca acarrearán las dramáticas consecuencias que pudieran derivarse de un error en los ámbitos legal o médico. Por otro lado, y dado el carácter vocacional que muchas veces se concede a esta labor, la figura del traductor literario no siempre recibe la consideración que se merece, sobre todo si nos fijamos en los honorarios recibidos o en la visibilidad que se le concede, relegado las más de las veces a una breve mención en las primeras páginas de un libro a no ser que se trate de una figura de renombre con «tirón» en el mundo editorial o académico. Esta circunstancia, sin embargo, no debe instarnos a banalizar la traducción literaria, responsable en buena medida de la expansión internacional de la literatura (y, de paso, del enriquecimiento del sector editorial). De hecho, nadie duda del poder de la traducción como mecanismo de consagración literaria, ya que «como consecuencia de las relaciones de poder jerárquicas existentes en el espacio literario universal, los escritores de las regiones dominadas literariamente necesitan darse a conocer en los espacios centrales para obtener la consagración en forma de reconocimiento por parte de la crítica autónoma» (Fouces, 2011: 49). Entran, así, en juego factores como el mecenazgo capitalista, las nuevas ideologías editoriales, el gran poder monetario, la internacionalización literaria y la economía geopolítica de la traducción (Fouces, 2011).

Ahora bien, ¿cuáles son esas características que delimitan la traducción literaria frente a otras modalidades, y cuáles los rasgos que deberían definir a este tipo de traductor? Si bien las diferencias entre la traducción literaria y, pongamos por caso, la médica, la jurídica, la científica o la económica, resultan más que obvias, no siempre parece hacerse este distingo cuando hablamos de la denominada traducción «humanística». Aunque bajo esta categoría suele incluirse el ensayo, los textos humanísticos difieren de los literarios en algunos puntos fundamentales. Para empezar, en los primeros no siempre es primordial el estilo ni el modo en que se expresa el autor, pues habitualmente prima la claridad frente al matiz. Además, suelen enmarcarse en un contexto erudito o académico que exige, por lo general, buenas dosis de conocimiento y del lenguaje de la disciplina en cuestión. A todos estos rasgos, y siguiendo a Landers (2001), podemos añadir también, para el traductor literario, las siguientes características:

- son creadores de ficción;
- en ellos se produce una sobrecarga estética;
- se desvían del lenguaje general para crear uno plagado de simbolismos, connotaciones y expresividad;
- presentan múltiples tonos, modos (diálogo, narración, descripción ...) y estilos;

HERRAMIENTAS Y TÉCNICAS PARA LA TRADUCCIÓN INGLÉS-ESPAÑOL

- integran diversos campos temáticos (incluso lenguajes de especialidad, dependiendo del argumento del texto);
- pueden incluir diversos dialectos (social, geográfico, temporal, estándar) e idiolectos;
- están anclados en la cultura y tradición literaria de la lengua de partida (de ahí la relevancia que adquieren, por ejemplo, las referencias culturales y, claro está, la intertextualidad, tanto implícita como explícita, en cuanto esos textos beben de otros anteriores, ya orales ya escritos);
- están sujetos a múltiples interpretaciones, algo que se acentúa especialmente en el caso de los clásicos;
- el «cómo» puede ser tan importante como el «qué». A este respecto Landers (2001: 9) nos ilustra con las posibilidades traductorales de la frase extraída del relato breve del argentino Leopoldo Lugones titulado «Un fenómeno inexplicable», concretamente la oración «Hace de esto once años». Todas las posibilidades que se especifican a continuación son válidas semánticamente, pero ninguna está exenta de matices. Esto no solo las convierte en opciones distintas estéticamente, sino que abunda en el hecho de que texto origen y meta son, a la postre, dos obras literarias en dos lenguas distintas (García Yebra, 1997: 32):

This happened eleven years ago

This occurred eleven years ago

This took place eleven years ago

Eleven years have passed/gone by since this happened/occurred/took place

No podemos obviar tampoco la amplia gama de géneros que comprende el espectro literario, fundamentalmente la poesía, la narrativa y el drama, a los que hay que añadir una considerable relación de subgéneros: canciones, romances, etc. en el caso de la lírica; farsas, tragedias, monólogos... en la dramaturgia; y, en la narrativa, fábulas, cuentos, relatos breves, novelas (novela policiaca, histórica, epistolar, romántica, erótica, de aventuras, etc.), sin olvidarnos de las historietas y los cómics o la literatura didáctica e infantil.

A la vista de las dificultades que, a priori, entraña el traspaso de los aspectos apenas relatados de una lengua a otra, parece imprescindible que el traductor literario, aparte de la maestría que se le supone a cualquier traductor, tenga, además, ciertas destrezas añadidas, a saber, una competencia literaria, habilidades de escritura, creatividad y documentación, y, por supuesto, amplios conocimientos literarios. Este hecho explicaría que los encargados de verter a otra lengua la producción de una buena parte de la nómina de escritores canónicos o de prestigio sean, precisamente, también escritores o filólogos, más que traductores en el sentido profesional del término. En este sentido, Landers (2001: 167) propone, en tono humorístico, doce «mandamientos» que el